

guayo, sino de un lugar, de un árbol o de un lago de América.

Yo puedo asegurarle al crítico que se equivoca en esta apreciación. Conozco la poesía de Silva Valdés, y sin pretender aminorar en nada su valor, que me parece fuera de duda, creo posible afirmar que su «significación geográfica» no tiene sentido fuera del Uruguay y de la Argentina. A Erro, que es argentino, le ha ocurrido juzgar por la impresión que en él han suscitado los versos de Silva Valdés, sin recordar que en América hay tantos paisajes como provincias en cada país. A mí, nacido en un país montañoso y estrecho, la poesía de Silva Valdés, que es la poesía de la ancha pampa plana, tapizada de altos pastos, no me produce esa impresión que acusa Erro y que quiere hacer común a todo habitante de América. Otro tanto tiene que sucederle al habitante de la selva amazónica, de la pampa salitrera, de la sierra peruana, de la mesa de Bolivia, todas regiones americanas como la pampa argentina. Esto prueba que América no se puede reducir a un denominador común. Quiero ir más lejos en mi demostración. ¿Cree el crítico argentino que los poetas chilenos que han cantado el espino serán apreciados con emoción pareja a la que en la lectura de sus versos ponemos nosotros los chilenos, en Uruguay y la Argentina? Pues bien, ese es el caso de Silva Valdés. Es regional, y pertenece a una región que no tiene equivalente alguno en la mayoría de los demás países del continente.

Este reparo, en el cual tal vez me he extendido sin medida, no pretende aminorar en nada el valor egregio de este libro. He aquí una obra de ame-

ricano bien pensada, bien escrita y originalmente planteada. Estos caracteres intelectuales no son comunes en América, donde casi toda la literatura—y especialmente la escasísima literatura de ideas—no es más que una vil rapsodia de la europea. Esto singulariza al libro de Erro y le confiere una dignidad que no es común.—*Raúl Silva Castro.*

MONSIEUR TESTE, por *Paul Valéry.*

Tanto se ha escrito sobre el autor del *Cementerio marino*, que en su bibliografía recia existen pocas interpretaciones acertadas. Confesaremos, para ser sinceros, que no admiramos a este escritor, sin participar del concepto de León Daudet al llamarlo Paul Vale... rien... .

En un bello volumen la *Nouvelle Revue Française* ha reunido los trozos dispersos del curioso personaje denominado Monsieur Teste, que en las recientes páginas cobra una vida nueva y original.

Tipo macizo y sutil a la vez, Monsieur Teste se abre camino en el espíritu y revela vetas desconcertadoras y paradójales. Un hombre viviendo dentro de un hombre—como diría Valéry. Se encierran aquí varios tonos del personaje que constituirían una dispersión curiosa: el prólogo para la segunda edición inglesa de la *Soirée avec Monsieur Teste*, la *Lettre de Mme. Emile Teste* y los *Extraits du Log-Book de M. Teste.*

La manera de Valéry cobra un relieve desconocido en una serie de bellísimos trozos. Es una refracción de sí mismo en el espejo íntimo, es el des-

doblamiento de una individualidad sugerente en matizaciones complicadas. Se ha dicho que Monsieur Teste es el espectro de Paul Valéry. No es el Valéry que fué, ni un Valéry como hubiese deseado ser, ni tal como debiera ser intelectualmente. Es simplemente un buceo y depuración del autor de *Monsieur Teste* en los mares de la introspección. Por esto constituye un libro de excepción, hecho para intelectuales que se buscan a sí mismos, que cazan paisajes íntimos con deleite escrupuloso. Es el libro ideal de los descontentos, de los catadores de sensaciones refinadas, de los hedonistas selectos del yo.

Teste, como el Valéry de la juventud, padece de la enfermedad de la atención y de una vibrante y dolorosa intensidad de los órganos sensitivos. La eliminación psíquica superpuesta que se percibe en Teste constituye un índice de sensibilidad británica, antes que francesa y por eso se explica la aceptación que en inglés tuvo este libro.

Esta reducción dura «a las propias realidades reales», como indica Valéry, es uno de los aspectos en que, por caminos intrincados, se junta su obra con otros buscadores dolorosos del hombre pasado o ya esfumado en el tiempo perdido. La busca del tiempo es uno de los síntomas evidentes de la sensibilidad post-bélica. Valéry, como Proust, Joyce, Svevo y Lawrence, acecha esas vibraciones de lo que ha dormido en la memoria.

Donde vive el talento literario de Valéry es en su expresión pura y complicada a la vez. Su manera de escribir sólo puede ser francesa. Es una prosa pura, armoniosa, matemática a fuerza de ser depurada. Enérgica-

mente abstracto, desagradablemente impreciso, tal es Valéry.

También conviene anotar que en Monsieur Teste germina una idea que se hace un monstruo literario. Lo monstruoso es ideológico hasta asumir el carácter de un mito. El brillo impecable del estilo de Valéry recuerda las lumbres platónicas y la penumbra espléndida de los diálogos racinianos. Llega a tal extremo la media luz metafísica de las divagaciones, se acendra de tal modo lo que analizan sus creaciones que se le ha creído un «místico sin Dios», tal como afirma en un momento sincero Monsieur Teste.

Definir a Valéry y a su arte es asunto difícil para no incurrir en «platinitudes». Sería como definir al propio Teste, donde se desdoblán y toman formas huidizas las selectas complicaciones del autor de la *Introducción al método de Leonardo*.

«Es duro como un ángel» dice la mujer de Teste, agregando que cuando lo besa con amor no sabe si lo estima o si lo estudia.—¿Un hipógrifo o un centauro?—dice el abate.—¿Por qué no una esfinge?—responde la mujer de Teste.

A su lado ella se anula, se diluye, agregando: Soy libre, pero estoy clasificada.

Y así hablan y obran los curiosos personajes de *Monsieur Teste*. En pocos libros late mejor el carácter intelectualista de Valéry. Su arte es para selectos, para intelectuales. Suele fatigar, por eso mismo. Exige una concentración casi dolorosa. Llega a lo trascendental, no siempre ayudado por el genio. Hay en este libro cosas frívolas y rellenos inferiores a los aciertos antiguos de Valéry. Tan curiosa vida da la sensación de un hom-

bre que mira y no ve, porque sus ojos se hallan sumidos dolorosamente en una contemplación interior. Analiza y no suele darnos la sensación de que lo hace. Suele tener razón y parece que no la tiene. La ideología abstracta, el placer metafísico de las ideas puras, el demonio interno del análisis llegan a sugerir la sensación de un mecanismo inteligente, pero mecanismo al fin. ... Creemos que Valéry no es el gran lírico de la actualidad, como dicen sus admiradores. Le faltan vuelo, emoción intensa, aplicación a los tópicos humanos. En cambio su prosa resplandece aquí con toda su nítida perfección, dando a veces la idea que se ha tallado en límpidos diamantes y en raras gemas que arrojan luces de fantasía sideral.

Es un Racine complicado que prolonga los análisis internos con deleite morboso.—*Ricardo A. Latham.*

## BIOGRAFIA

LA PSICOLOGÍA DE PI Y MARGALL, POR  
*Antonio Rovira y Virgili.*

Quien frecuenta el panorama intelectual de Cataluña tendrá que admirar el vigor de creación literaria de Antonio Rovira y Virgili, apedreado escritor de izquierda, ex-director de *La Publicitat* y actual redactor jefe de *La Revista de Catalunya*. En su acervo existen libros de política, historia y de simple recreación como su *Teatre de la Natura*, admirable interpretación de flora y fauna catalana a través de un temperamento nervioso y

observador. Su *Historia de Catalunya*, que llena hasta hoy cuatro nutridos volúmenes, lo coloca en buen sitio dentro de los cultivadores del género en su lengua, al lado de Valls y Taberner, de Ferrán Soldevila, de Nicolau d'Olwer, de Manuel de Montoliú y de Rubió y Lluch.

Ahora edita en un pequeño volumen su *Psicología de Pi y Margall* (1), que constituye un anticipo de una más extensa obra sobre el discutido y benemérito político, autor de *Las nacionalidades*.

Comienza por pintar, en líneas sentidas, el carácter de su maestro, cuyo amor a la verdad lo hacía decir: «No mintáis ni a Dios ni a los hombres.» Pi y Margall se da a conocer a la juventud catalana en las recias páginas de *El nuevo régimen*, diario avanzado que emocionaba con sus ecos libertarios a toda una generación hervorosa de nobles ideales. Rovira confiesa que nunca ejerció el colegio mayor influencia sobre él y que debió más al cálido acento de Pi que a todas las lecciones de sus maestros. Defiende—a continuación—a Pi y Margall de la acusación de frialdad lanzada en su contra. Expresa en su apología que en el carácter del prócer no hubo entusiasmos estériles, pero sí una gran voluntad y un firme acento de convicción. Estudioso, austero hasta rehusar un coche cuando fué presidente de la efímera república española, que voltearon los nuevos espadones del eterno ruedo ibérico, su silueta deja en el alma del discípulo una huella enérgica y decidora.

«Retenía las enemistades y los odios los conservaba perpetuamente.» Su

(1) Barcelona, 1929.